

Acabamos de escuchar la lectura del Evangelio de hoy en donde se describe el encuentro entre Pedro y Jesús después de la resurrección. Pedro, en el Evangelio de Pascua, negó a Jesús tres veces que no lo conocía, pero la traición de Pedro no es muy diferente de la de Judas. Sin embargo, Pedro fue, y sigue siendo, la roca sobre la que Cristo fundó su Iglesia.

Las Escrituras de hoy son una historia de amor, no principalmente de Pedro, o del nuestro, del amor por Dios, sino que el amor fiel de Dios por nosotros. Como el autor del Nuevo Testamento en la primera carta de Juan nos recuerda: "En esto está el amor: no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos mutuamente."(I Juan 4:10,11).

Lo que últimamente redime a Pedro al confrontar su traición y a nosotros en nuestros pecados, no es nuestro amor por Jesús o el de Pedro, sino que el amor de Dios en Jesús, sobre todo en su muerte y resurrección.

¿Qué significa amar a alguien? Tenemos una multitud de historias, baladas y canciones de amor. Sin embargo, muchas, si no la mayoría de estas historias están creaciones populares de un amor emocional, o permanecen en ese nivel—como sentimiento, o enamorarse, o "estar enamorado"—se habla de un amor romántico. Ciertamente, no hay nada malo con este tipo de amor, pero si se quiere obtener un genuino verdadero amor, este amor debe crecer más allá de este despertar inicial.

Cuando se trata del amor de Dios por nosotros, hay dos características que se destacan: fidelidad y respeto.

En primer lugar, fidelidad. Amor significa mantener tu palabra, mantener y quedarse en la relación y no alejarse de ella—en una palabra: "compromiso". Vemos esta fidelidad del amor de Dios por nosotros desde las primeras páginas en la Biblia. Inmediatamente después del pecado original de nuestros primeros padres, Adán y Eva, Dios promete un redentor. Más adelante en el libro de Éxodo, Dios entra en una alianza con Israel, y en última instancia con nosotros, cuando le dice a la gente por medio de Moisés: "Yo seré Dios de ustedes mientras ustedes serán mi pueblo" (Ex. 20). La fidelidad de Dios fue puesta a prueba y ésta se mantuvo constante a pesar de la continua infidelidad del pueblo en el tiempo de los profetas. Finalmente, llegamos al tiempo de

Jesús. Muchas de las parábolas más queridas de Jesús son historias de perdón inmerecido; de un Dios que "busca y salva a los perdidos"; de un Dios que no puede, no quiere retroceder en su palabra: su amor por nosotros. A pesar de sus numerosos intentos de discipulado de Pedro, que son revelados en otras partes en los Evangelios, y a pesar de sus traiciones, Jesús se mantuvo fiel a Pedro, a su amor por él, y además no se retractaría en su designación que tenía de Pedro como "la piedra" "...y sobre esta piedra edificaré mi iglesia.."(Mateo 16:18).

En segundo lugar, respeto. El amor significa respetar de pleno en otra persona, sin violar la libertad de nadie, bendiciéndola positivamente y ayudando a otros a crecer de acuerdo a sus propias máximas internas sin importar el tiempo que este proceso pueda tomar. Jesús permitió a Pedro el tiempo y espacio que necesitaba para crecer en amor, para llegar finalmente, a un completo auto-vaciamiento de amor como Dios, vivido por Jesús y plenamente revelado en la cruz, de modo que el amor de Pedro por Jesús ,y de sus seguidores, lo llevó eventualmente a poner su vida por ellos, de morir como mártir, y también de ser crucificado. Tal fue el amor de Jesús por Pedro, y Pedro fue transformado a través de él. Cualquiera que sea nuestro pasado o presente, cualquiera sea nuestro pecado, el amor de Dios por nosotros, al igual que a Pedro, tiene el poder de redimir y transformarnos a nosotros, y si nosotros al igual que Pedro, podemos abrirnos humildemente a este amor.

Amor, de este lado de la eternidad no es fácil. Es por eso que es un don, una gracia divina de un Dios que puede hacer por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Este amor no sólo nos salva individualmente, sino también nos permiten permanecer juntos dentro de la familia y la comunidad. Al final, esto es lo que la Iglesia y Eucaristía son y se propone hacer de nosotros.

La noche antes de morir, Jesús se sentó con sus discípulos y lo que Él encontró allí es lo que encontramos cuando nos reunimos de nuevo hoy en esta Misa—un montón de gente sincera luchando de no ser celosa, irritable, preocuparse de si mismo, y con heridas de la vida que los puede separarlos. Venimos a la Iglesia, y a la Eucaristía para pedirle a Dios que haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos, que nos quiera para llevarnos a una vida llena y que nos amemos los unos a los otros en la misma forma en que hemos sido amados.

Padre Jim Secora